

*¡Dios  
mío,  
ayúdame!*

SEGÚN 1 Y 2 SAMUEL

# “El mío es un caso perdido”

*Se juntaron, pues, los filisteos, y vinieron y acamparon en Sunem; y Saúl juntó a todo Israel, y acamparon en Gilboa. Y cuando vio Saúl el campamento de los filisteos, tuvo miedo, y se turbó su corazón en gran manera. Y consultó Saúl a Jehová; pero Jehová no le respondió ni por sueños, ni por Urim, ni por los profetas (1 Samuel 28.4–6).*

Lectura de fondo: 1 Samuel 28; 30; 2 Samuel 1.1–27.

La carrera de cuarenta años de Saúl como rey de Israel fue una mezcla de gloria, confusión y angustia. Al final de su reinado, una vez más, sus antiguos enemigos, los filisteos, habían invadido la tierra de Israel. Esta invasión presentaba diferencias importantes. En primer lugar, el ejército de los filisteos era probablemente el más grande que Saúl alguna vez hubiera enfrentado. También, ellos atacaron una parte diferente del territorio de Israel. Las batallas anteriores habían tenido lugar, por lo general, en un valle de Dan, de Benjamín o de Judá, o en las cumbres por encima de algunos de estos valles. Los filisteos ahora marchaban por su propio territorio y cruzaron Israel hasta más allá de la llanura de Sarón. Ellos luego enrumbaron hacia el este para entrar a la llanura de Esdraelón, o de Jezreel. Ocuparon las colinas del norte, mientras que Saúl y su ejército estaban estacionados al sur, sobre las colinas del Monte Gilboa. El objetivo de los filisteos era cortar el paso a Saúl hacia las tribus del norte.

En segundo lugar, la experiencia militar de Saúl le convenció rápidamente de la desesperada naturaleza de su situación. El ejército de los filisteos era probablemente el más formidable que Israel jamás hubiese enfrentado. Saúl sabía que el único curso de acción que podía emprender era atacar, pero también sabía que su ejército enfrentaría una derrota segura.

Mientras Saúl se enfrentaba con esta batalla, una tercera y trágica diferencia se mira entre esta batalla y las del pasado. Esta vez, Saúl no tenía comunicación con el Todopoderoso. Saúl en su obstinación había elegido vivir una vida ajena a la voluntad de Dios. El Espíritu del Señor lo había abandonado muchos años atrás (1 Samuel 16.14). Ahora no tenía sacerdote que le consultara a Dios por él. Saúl había matado a Ahimelec y a ochenta y cinco sacerdotes en Nob (1 Samuel 22.16–18). Aunque había otros profetas disponibles, ninguno tenía palabra del Señor para Saúl.

Saúl buscó desesperadamente un método para recibir algún mensaje de esperanza. Dijo: “Buscadme una mujer que tenga espíritu de adivinación, para que yo vaya a ella y por medio de ella pregunte” (1 Samuel 28.7). Sus asistentes le hablaron de la presencia de una mujer que estaba cerca, la cual podía comunicarse con los muertos.<sup>1</sup> Sin embargo, para consultar a través de ella, Saúl tendría que viajar hasta Endor, unos pocos kilómetros desde su campamento, y disfrazarse para ocultar su identidad. Anteriormente, actuando conforme a la ley de Dios (vea Números 23.23; Deuteronomio 18.9–12), Saúl había proscrito todos los médium y espiritistas de su reino. Su viaje hasta Endor lo expondría a graves peligros, pues tendría que desplazarse a hurtadillas por en medio del campamento del enemigo por la noche. Por encima de todo, él sabía que la mujer no practicaría sus artes ilegales si reconocía que él era el rey.

<sup>1</sup> A esta se le llama a menudo bruja, pero esto no es técnicamente correcto. Una bruja trata con la magia, mientras que esta mujer era una médium, una persona que supuestamente podía comunicarse con los muertos.

Cuando recibió a Saúl, la mujer se mostró cautelosa y llena de sospechas. Saúl le aseguró, incluso juró en el nombre del Señor, que nada le iba a ocurrir a ella. Cuando ella estuvo de acuerdo en ayudarlo, Saúl le pidió que hiciera venir a Samuel de entre los muertos. Antes de que ella pudiera terminar sus encantamientos, Samuel apareció (la mujer pareció estar más sorprendida que Saúl mismo por la aparición de Samuel).

Desafortunadamente, Samuel no tenía palabras de consuelo para Saúl. Él anunció que el día siguiente le depararía la muerte a Saúl y a sus hijos. La misericordia de Dios había llegado a su fin para Saúl, y la justicia pronto se haría. Saúl debía recibir el justo castigo por su desobediencia en el trato dado a los amalecitas.

Al día siguiente, Saúl fue resueltamente a la batalla. Tal como lo esperaba, el enfrentamiento resultó mal. Fueron los arqueros filisteos quienes inclinaron la batalla en contra de Israel. Sus lluvias de flechas hicieron huir al ejército israelita. Este ataque hirió y mató a muchos de los israelitas.

Con la batalla en contra suya, Saúl se decidió a tomar su vida. Existen algunas dudas respecto de la decisión de Saúl de cometer suicidio. La mayoría de las traducciones dice que él fue herido por las flechas. Algunos comentaristas del texto hebreo, creen que Saúl se deprimió por la forma como la batalla marchaba. Por cualquiera que haya sido la razón, él le pidió a su paje de armas que lo matara, recordando probablemente, lo que le había sucedido a Sansón a manos de los filisteos (Jueces 16.21). Cuando el paje de armas se rehusó, Saúl se dejó caer sobre su propia espada y murió.

Saúl le dio fin a su vida estando de cara a una situación sin esperanza. Hay quienes creen que este autohomicidio está justificado en tales circunstancias. No nos centraremos en esta situación, sino en los errores de Saúl que lo llevaron a esta situación sin esperanza.

### UNA PÉRDIDA DEL SEÑOR

Es muy obvio el error de Saúl—él había perdido su relación con Dios. ¡Cuán diferente pudo haber sido la batalla de haber mantenido él una sólida relación con Dios! ¡Cuán necesitaba Saúl haber tenido nuevamente la fe que lo llevó a la victoria en Jabes de Galaad largo tiempo atrás! Esto fue lo que en esa ocasión dijo: "... hoy Jehová ha dado salvación en Israel" (1 Samuel 11.13b). El espíritu del Señor, el cual se había mostrado poderosamente en Saúl, cuando éste estaba en Gabaa, le había abandonado después de su desobediencia en Gilgal (1 Samuel 10.10; 16.14).

¿Cómo podía suceder esto? Era muy sencillo, Dios jamás será significativo en vidas en las que él no es deseado. Su respuesta al constante rechazo es con la misma moneda. Dios jamás entrará a la fuerza en los que no están dispuestos a responderle.

La vida de Saúl es una demostración del resultado al que lleva la continua rebeldía de una persona. Él llegó a un punto en que ya no podía dar marcha atrás. La necesidad suprema de Saúl era abandonarse él mismo, arrepentido, a la misericordia de Dios; sin embargo Saúl no hacía esto, y eventualmente alcanzó el punto en el que no podía dar marcha atrás.

El pecado tiene el poder de poner a una persona en un lugar donde el arrepentimiento llega a ser imposible. Además, el pecado tiene otros efectos terribles. Endurece las rodillas y ciega los ojos, al punto de que la persona ya no puede ver a Jesús. Cierra los oídos de uno al atractivo de la invitación que Dios hace. Lo lleva a uno a pozos que no tienen agua, a nubes que no producen lluvia. Lo hace a uno buscar doctores que no pueden sanar y a dioses que no pueden salvar. Todo esto sucede por el efecto endurecedor del pecado.

El escritor de Hebreos advirtió solemnemente que los cristianos podemos alcanzar un punto en el que no podemos arrepentirnos (Hebreos 6.4–6). El corazón llega a endurecerse tanto, y la conciencia se encallece tanto, que llegamos a ser insensibles a todo llamado.

Es fácil para nosotros racionalizar nuestros pecados diciendo: "Jamás llegaré a tal extremo". Jamás es más engañoso el pecado que cuando nos dice que en cualquier momento nos podemos arrepentir.

¿Puede usted arrepentirse? ¿Está usted en condiciones de sentirse contrito por su vida de pecado? Como hijo de Dios que es usted, ¿podrá inclinarse ante el Soberano Dios y humildemente pedirle su misericordia? ¿Puede su corazón responder a este perdón y aceptar su amor? Sólo hay una manera de saber si el arrepentimiento es todavía posible en su vida. La única manera de saberlo es intentándolo.

En lugar de estar engañado por el pecado, uno debería buscar al Señor y su perdón inmediatamente. El tiempo para arrepentirse es breve y puede pasar:

*Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar (Isaías 55.6–7; énfasis nuestro).*

Por esto orará a ti todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado;... (Salmo 32.6a).

## UNA PÉRDIDA DE RUMBO

El pecado tiene el poder de llevarnos a buscar ávidamente lo que una vez despreciábamos. Uno de los más importantes logros religiosos de Saúl, fue el haber proscrito los médium de la tierra. En un último y desesperado intento, él buscó a una persona así.

No hay duda de que Saúl sabía lo que debía hacer. Él necesitaba buscar la guía y ayuda de Dios, pero su idea, aunque correcta, la llevó a cabo de manera equivocada. No son muy diferentes las personas hoy día. Ellas todavía desean la guía y el conocimiento. No obstante, tal como lo hizo Saúl, muchos buscan a Dios y su guía de maneras vanas e impropias.

La existencia de astrólogos, adivinos, y nigromantes es visible en el mundo. En tiempos pasados, éstos viajaban de un lugar a otros buscando clientes. Hoy día son muy buscados—incluso son llamados a las salas de reunión de las directivas de corporaciones y a las oficinas de oficiales de gobierno. Esta tendencia es una señal de la perversidad de nuestros tiempos. La gente está buscando guía, pero no de parte de Dios.

¿Debería un cristiano buscar la ayuda de tales personas? La respuesta es un resonante “¡No!”, y por tres buenas razones.

En primer lugar, el consultar a estas personas es señal de desprecio por la suficiencia de la revelación divina. Dios nos ha dado su palabra para guiarnos (2 Pedro 1.3; 2 Timoteo 3.16). El buscar más es una maldad presuntuosa. “Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; más las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre...” (Deuteronomio 29.29). No conocemos los eventos de nuestro futuro porque no es el propósito de Dios que los conozcamos. Si lo supiéramos todo, no tendríamos necesidad de la fe. En lugar de pedir luz para ver el camino adelante, deberíamos poner nuestra manos en la mano de aquel que es la luz.

En segundo lugar, el consultar astrólogos y adivinos es preferir el mal al bien. Gran medida de lo oculto tiene antecedentes paganos. El zodiaco, creado por los magos de Babilonia, se basa en un determinismo que le arrebató al hombre su libre albedrío. El buscar la ayuda de los que tratan con las artes mágicas es hacer alianza con los enemigos de Dios. La desesperada acción de Saúl ilustra la tristeza de su situación. Él juró en el nombre de Dios, que él protegería a la mujer, una enemiga de Dios que él había tratado de destruir (1 Samuel 28.10). Del mismo modo, el buscar ayuda de otro que no sea Dios, puede meternos en situaciones en

las que no deseamos estar.

En tercer lugar, el buscar esta clase de ayuda es hacer lo que la palabra de Dios prohíbe (Gálatas 5.20; Apocalipsis 22.15). El buscar ayuda de lo oculto, de los astrólogos, o de los nigromantes es negar la realidad de la guía de Dios.

## UNA PÉRDIDA DE SIGNIFICADO

Nadie podrá negar que la posición en la que se encontraba Saúl era de lo más difícil. La derrota de su ejército se convirtió en un caos. Él estaba seriamente herido o había caído en un estado de desesperación. Llegó a considerar el suicidio como una salida preferible a ser hecho prisionero y torturado.

Habrán quienes se pregunten si el suicidio fue justificado. La moralidad del suicidio es un tema que usualmente se evita ante la presencia de personas corteses, y en clases de la Biblia, pero el hacer caso omiso de la cuestión es hacer caso omiso de la realidad. El suicidio ocurre comúnmente. No es exclusivo de los que están mentalmente perturbados, ni de los enfermos terminales, ni de los que son adictos sin esperanza, al alcohol y a las drogas. El suicidio es la segunda causa más común de muerte entre los adolescentes. Casi toda congregación tiene familias que han sido afectadas por el suicidio.

Las Escrituras no prohíben en forma clara el suicidio, pero sí se refieren en forma clara a temas relacionados. El suicidio es autohomicidio, y el homicidio está claramente prohibido (Mateo 19.18). W.G. Blaikie resumió de la siguiente manera la enseñanza de la Biblia sobre el tema:

Dios no nos ha dado el derecho de disponer de la vida propia ni de la de nadie. Es un atrevimiento que un hombre le ponga fin a sus días de gracia, antes del tiempo en que Dios lo hubiera hecho. Es una acción temeraria el apresurarse a la presencia del Hacedor de uno, antes de que el Hacedor lo haya llamado a comparecer. Es presuntuoso el creer que las condiciones van a mejorar después de lanzarse a una eternidad no probada.<sup>2</sup>

En lugar de buscar la manera de escapar de situaciones insoportables, uno debe buscar ayuda para sobrellevarlas. Aunque Dios nos ha dicho que nosotros podemos soportar nuestras propias cargas (1 Corintios 10.13), no es propósito suyo que las llevemos solos. Esto es lo que Gálatas 6.2, dice: “Sobrelleved los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”. Como cristianos que somos no sólo tenemos hermanos y hermanas

<sup>2</sup> W.G. Blaikie, *The Expositor's Bible (La Biblia del expositor)*, The First Book of Samuel (New York: George H. Droan Co., n.d.), 432.

en quienes apoyarnos, sino también, muchos orientadores capaces que se preocupan, los cuales están dispuestos a ayudarles a los que tienen necesidad.

Si usted alguna vez consideró seriamente la posibilidad del suicidio, puede ser que tenga necesidad de que se le ayude. El suicidio es una solución permanente para un problema temporal. No es la solución cristiana para ningún problema.

### UN EPITAFIO PARA SAÚL

¡Si Saúl tan sólo hubiera conservado su fe! ¿No se daba cuenta de que en ese mismo valle de Jezreel, Barac había vencido los carros de los Canaanitas (Jueces 4.14–16)? En este lugar, Gedeón también había derrotado el campamento de los madianitas por haber confiado y tenido fe en Dios (Jueces 7.15). Si Saúl tan sólo hubiera cultivado esta misma clase de fe, él, también, podía haber obtenido la victoria.

¿Qué calificación le podemos dar a Saúl al final de su vida? Tuvo maravillosas oportunidades y habilidades; sin embargo, en los cuarenta años de su reinado, fue poco lo que logró. No tomó nuevos territorios; al contrario, cuando murió, los filisteos ocupaban gran parte de la tierra de Israel. Parte de este resultado fue causado por los años que desperdició persiguiendo al hombre que le sucedería en el trono.

Saúl parece no haber aprendido nada de sus experiencias con Dios. Fue tan egoísta y tan obstinado en su muerte como lo fue en vida. Sus últimos pensamientos no fueron para su ejército derrotado ni para su tierra ocupada. Más bien, su propia desgracia y la posibilidad de ser torturado fueron sus últimas preocupaciones.

Tal vez lo más triste es la idea de “lo que pudo haber sido”. En vista de la habilidad de Saúl, y de sus primeros logros, podríamos haber esperado que se convirtiera en un notable rey. En lugar de ello, fue un total fracaso. Si alguna raíz fue la causa de este fracaso, ella habría sido su negativa a someterse fielmente a Dios. Él se olvidó de que el verdadero rey de Israel era Dios, y no él mismo.

Saúl perdió sólo una batalla en la totalidad de su carrera. Desde la primera en Ramot Galaad, hasta que vino a Gilboa, había tenido un historial perfecto; sin embargo, la única batalla que perdió fue la más importante —la última, ¡la que le llevó a la eternidad!

Saúl parece haber pronunciado su propio epitafio cuando dijo: “He pecado” (1 Samuel 26.21b). He aquí una pregunta que da en qué pensar, la cual deberíamos hacernos: “*Cuando mi vida llegue a su fin, ¿cuán lejos estaré del punto donde comencé?*” ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados